

¡HOLA, CRIATURAS DESPRECIABLES!

Soy Morton Fosa. Debido al increíble éxito de mi anterior libro, ahora soy una verdadera estrella del espectáculo, ¡jajajajaja! Me contratan cementerios de todo el mundo para que cuente mis espantosas historias a fantasmas y almas en pena de distintas nacionalidades.

Vivo de gira. Y como toda estrella, tengo muchas exigencias: en mi ataúd-camarín nunca deben faltar jugos de frutas podridas, agua de cloaca mineral de Francia sin gas, carozos de aceitunas verdes y gusanos brillantados españoles.

Jamás viajo sin mi peluquero, que me lustra la calavera; mi manicura, que me deja las uñas rotas como a mí me gusta; y mi masajista tailandés, que se aburre como larva en ataúd vacío porque no tengo un solo músculo para masajear.

Y como si fuera poco, mis fanáticos me han pedido nuevos cuentos. Aquí están: otras diez espantosas historias de terror para que sientan tanto miedo como cuando me miro al espejo. Bueno, no creo que sean para tanto.

Ya es medianoche, cuando suene la última campanada comenzaré con el primer cuento y ¡a temblar! ¡Qué malo soy, cuánta crueldad! Para tener un clima más tenebroso, he apagado las luces, ¡jajaja-jaja! Pero ¿dónde está el libro?... No veo nada. ¡Que alguien me ayude, por favor...!

PISADAS EN LA ARENA

A Pedro le gustaba la playa. Cada vez que se acercaban las vacaciones, él pedía ir a la costa. Le encantaba jugar con la arena, meterse en el mar, hacer amigos. Ese verano se repitió la historia: a pesar de que su padre quería ir a la montaña, Pedro insistió y terminaron en la playa una vez más.

Y ahí estaba, con un día de sol a pleno en un balneario en las afueras del centro, buscando caracoles, pateando la espuma que se juntaba en la orilla.

—No te vayas lejos, Pedro —le decía la mamá; claro que él no le hacía caso y caminaba hasta convertirse en un puntito en el horizonte. Recién entonces regresaba. Sus papás no se preocupaban, era un lugar solitario, tranquilo y muy seguro. Al menos eso creían.

Una mañana temprano, aunque en la playa no había un alma, Pedro sintió que alguien lo seguía. Se dio vuelta y no vio a nadie, salvo a sus padres que lo saludaban a lo lejos. Fue una sensación extraña, la absoluta seguridad de que no caminaba solo, de que lo observaban de cerca. Apurar el paso no le sirvió de nada, continuaba sintiendo lo mismo, y al mirar de reojo por encima de su hombro se sobresaltó: detrás de las pisadas que él iba dejando en la arena, otras pisadas lo seguían.

Eran huellas más o menos de su mismo tamaño: la derecha parecía la suela de una zapatilla, la izquierda de un pie descalzo.

—¡Papáááá! —corrió Pedro, a toda velocidad.

—¿Qué pasa, hijo? —preguntaron los padres, asustados al verlo llegar con cara de espanto. Pedro les explicó lo de las pisadas, pero cuando lo acompañaron al lugar solo encontraron sus huellas.

—¿No te lo habrás imaginado? —le preguntó la mamá. Pedro no supo qué contestar; muy confundido, se quedó junto a ellos por el resto del día.

Por la mañana, de nuevo en la playa, decidió ir a investigar. Convencido de lo que había visto, no podía quedarse tranquilo. Salió a caminar y, al rato, volvió a tener la misma sensación. Miró para atrás y descubrió las pisadas siguiéndolo de cerca, la derecha con suela de zapatilla, la otra descalza. Con el corazón a punto de estallarle, esta vez no corrió: se frenó y estiró el brazo tembloroso. Para su asombro su mano tocó algo.



—¿Quién sos? —preguntó, casi sin pensar. Entonces, sobre la arena empezaron a aparecer unas letras de imprenta como dibujadas por un dedo; primero la efe... después la e... y así hasta completar «Fede». —¿Fede? ¿Te llamás Federico?

Por única respuesta Pedro recibió un empujón que lo tiró al piso.

—Ah, ¿querés jugar? —dijo, y se arrojó sobre las pisadas para hacer un tackle como en su equipo de rugby. Enseguida vio que la arena se sacudía: su amigo invisible se había caído. Ese fue el comienzo de los días más increíbles de toda su vida, compartiendo sus horas con un ser al que no podía ver, con quien no era posible hablar, pero con el que parecía entenderse y se divertía. Sabía que no tenía sentido contar la experiencia sobrenatural que le tocaba vivir, lo tomarían por loco o mentiroso. Por eso no dijo nada sobre las carreras que corría contra unas huellas que lo seguían a la par, o las luchas en broma sobre la arena, o lo raro que era patear una pelota hacia la nada y que se la devolvieran... Fueron las mejores vacaciones, hasta que llegó el día de volver a casa.

—Me voy, Fede —dijo Pedro con tristeza—. Empiezo el cole, no puedo seguir jugando con vos... Te prometo que el año que viene vuelvo.

Esta vez Pedro recibió un empujón que no le dio ninguna gracia.

—¡Pará! ¿Qué hacés? No te enojés, no es mi culpa. Tengo que volver.

Cuando quiso levantarse otro empujón lo dejó en el piso de nuevo. Y otro. Y otro más. Cada vez con más violencia. De pronto sintió una presión en la muñeca y un tirón en el brazo que empezó a arrastrar su cuerpo hacia el mar.

—¡Soltame, loco! ¡Me estás lastimando! —gritó Pedro, con lágrimas en los ojos. Trató de defenderse sacudiéndose como un animal salvaje; clavaba las uñas de la mano libre en la arena, se frenaba con los pies. De nada sirvió: en segundos, el agua salada se le metió por la nariz y la boca, las olas lo revolcaron con violencia y un nuevo tirón en el brazo lo llevó hasta el fondo.

* * * *

«Otro chico perdido en el mar», titularon los diarios a la mañana siguiente. Y continuaban: «Buzos especializados rastrean la zona, la misma en la que un mes atrás desapareciera otro menor, de quien solo se encontró una de sus zapatillas».